

perior para empujarle adelante; una voz secreta le hacía cerrar los oídos á todo consejo. Para nosotros, impulso y voz venían de la fé en su causa, de la fé productora de verdaderos milagros en la humanidad: veía en el cielo la estrella cintilante que condujo á Colon á lo largo del inmenso y tenebroso Océano.

Sin duda la situación de los castellanos era apurada; permanecer indefinidamente en el cerro no hubiera sido acertado, y tampoco era cuerdo bajar á la llanura en busca de batallas en campo abierto. Una de las multiplicadas ineptias de Motecuhzoma los sacó del embarazo. Aquel monarca, al ver penetrar á los blancos en el territorio de Tlaxcalla, se haría este cálculo sencillo; si los invasores vencían á los tlaxcalteca, ganaba el imperio en la destruccion de sus enemigos; si lo contrario acontecía, los importunos teules no tendrían ya ocasion de ir á México. Informado constantemente por sus espías, supo de las victorias de los españoles sin inquietarse por ello, más informado de los pensamientos de la señoría para hacer la paz, entró en gran cuidado, pues la alianza uniendo las fuerzas de sus contrarios los hacía mucho más temibles. A fin de evitarlo reunió en concejo á las personas principales del imperio; Cuitlahuac, señor de Itztapalapan, opinó mandar embajadores á Cortés con un gran presente, pidiéndole su amistad y rogándole no pasase á México por haber en ello inconvenientes; Cacama fué del parecer de siempre, recibir con todo decoro en la ciudad á los extranjeros. Divididos los pareceres, Motecuhzoma adoptó el de el señor de Itztapalapan, á la verdad no muy acertado, si bien introduciendo una mala variante; en consecuencia se dispuso nueva embajada. (1)

No bien apaciguadas las murmuraciones en el real, llegaron seis principales nobles mexicana con doscientas gentes de servicio; con las ceremonias á su usanza, saludaron á Cortés, presentándole un regalo de hasta mil pesos de oro en polvo, igual número de piezas de ropas de algodón, joyas de valor y plumas de valía. El más anciano tomó la palabra, diciendo le saludaba de parte de Motecuhzoma, quien le mandaba la enhorabuena por sus victorias contra los tlaxcalteca; quería el emperador ser amigo del bravo capitán y reconocerse por vasallo del gran rey á quien servía, á cuyo efecto le mandaba aquel presente y le mandaba preguntar con cuál cantidad

(1) Torquemada, lib. IV, cap. XXXV.

y en qué objetos debería pagar cada año el tributo; pero que le suplicaba no fuese á México, porque siendo la tierra estéril, el camino áspero y peligroso quería evitar le sucediese algun daño. Tomó el presente Don Hernando y agradeció el recado, haciendo muchos halagos y demostraciones de amistad á los embajadores, á quienes sin embargo no dió por entónces respuesta, reteniéndolos á su lado, mientras se desenlazaban los tratos con la república. Los embajadores habían tomado por la vía de Huexotzinco, y sea que éstos los patrocinaran ó les fuera salvaguardia su respetado carácter, ellos no encontraron contradicción por parte de los tlaxcalteca hasta penetrar en el real. Más segun lo mejor averiguado, aquel mismo día, como en desafío á los mexicana, Xicotencatl cargó denonadamente con tres escuadrones de guerreros sobre el real, haciendo prodigios de valor por salir airoso. Don Hernando, atacado de calenturas, había tomado un purgante, no obstante lo cual dada la alarma montó á caballo, se puso al frente de los jinetes, y ayudado por los peones rechazó el asalto. (1) Xicotencatl se retiró á su campamento, ménos resentido de sus pérdidas, que despechado por haber sido vencido en presencia de los mexicana.

Mientras esto pasaba, los emisarios de D. Hernando, enviados con la carta y la saeta, se presentaron á Maxixcatzin y Xicotencatl, ante los cuales expusieron su encargo. Aquellos señores convocaron á los otros dos de la señoría, á los principales capitanes y aún á sus amigos de Huexotzinco. Reunida la junta, Maxixcatzin, desde el principio ardiente partidario de los extranjeros, se decidió por la alianza con los hombres blancos, tomando pié de las desgracias acontecidas para esforzar sus primitivas argumentaciones: de nada había servido combatir á los teules de día ni de noche, por el contrario, aquellos seres eran poderosos á causar daño, mostrándose siempre invencibles é invulnerables; trataban con humanidad á los prisioneros, y en vez de matarlos los ponían libres; quitaron á los totonaca del yugo de Motecuhzoma, y ahora pretenden ser amigos de Tlaxcalla para defenderla de aquel su cruel y encarnizado enemigo: inmensas ventajas deberían seguirse de la amistad con los teules, mientras de continuar combatiéndoles sólo se alcanzaría la

(1) Cortés, Cartas de relac. pág. 60.—Bernal Díaz, cap. LXXII.—Gomara, Crón. cap. XLIX.—Herrera, déc. II, lib. VI, cap. X.—Torquemada, lib. IV, cap. XXXV.

muerte de los ciudadanos y la destrucción de la señoría. (1) Estas razones pesaron tanto en el ánimo de los pusilánimes, que fue resuelta la paz,

En consecuencia, cuatro principales pasaron al campamento de Xicotencatl, el mozo, á ordenarle, de parte de la señoría, se abstuviese de proseguir la guerra. El intrépido general se negó abiertamente á acatar el mandato, y enojado, maltrató de palabra á los emisarios: ya he muerto, les dijo, un caballo (2) y á muchos teules: en otra batalla que de noche les dé, lograré vencerlo y matarlos. Los cuatro desairados nobles tornaron con aquella respuesta al consejo, la cual dió tanto enojo á los cuatro señores, principalmente á Maxixcatzin y á Xicotencatl el viejo, que mandaron intimar á todos los capitanes del ejército no obedeciesen á su general en cosas de pelear. Aquella segunda orden resistió como la primera, y aún retuvo en su campamento á los nobles enviados, evitándoles fuesen á demandar la paz. (3)

Verificóse entonces la expedición á Tzimpantzinco, y los del pueblo, que habían traído bastimentos al real, con promesa de seguir suministrándolos, lo avisaron á Xicotencatl; quien los riñó fuertemente, afeándoles la acción. Los papas y principales se dirijieron entonces á la señoría; informados los cuatro principales de la conducta observada por los blancos, en lo relativo á no matar los prisioneros, y teniendo en cuenta la determinación tomada para hacer paces, mandaron á los de Tzimpantzinco llevaran diariamente al real cuantos víveres se hubiesen menester. (4) Contrariando esta determinación, dió Xicotencatl el asalto al real, en el cual tan mal despacho alcanzó.

“Era este Xicotenga, alto de cuerpo, y de grande espalda y bien hecho, y la cara tenía larga y como hoyosa y robusta, y era hasta de treinta y cinco años, y en el parecer mostraba en su persona “gravedad.” (5) Esta noble figura, maltratada en la pluma de algunos escritores, merece de toda justicia detenerse un poco en su

(1) Bernal Díaz, cap. LXVII.

(2) Los méxica llamaban al caballo *mazatl*, venado, y también *tlanzolotl*, danta ó anta. Muñoz Camargo, Hist. de Tlaxcalla. MS.

(3) Bernal Díaz, cap. LXVII.

(4) Bernal Díaz, cap. LXVIII.

(5) Bernal Díaz, cap. LXXIII.—Cortés le llama Sicutengal.

presencia. Él sólo, en todo su pueblo, se mostró patriota, manteniéndose firme contra los invasores; logró con su valor detener por algunos días la carrera victoriosa de los blancos, y cesó de combatir cuando no tuvo quien le acompañara al combate. Derrotado de continuo, no conoció el desaliento, volviendo á la pelea con doblado entusiasmo. Heróicos eran los civilizados acometiendo la inmensa muchedumbre que los rodeaba; pero mayor y de mejor temple era la heroicidad del bárbaro, luchando contra la fortuna, la debilidad de sus compatriotas, contra los dioses invencibles y sus abrasadores rayos. Libre de las preocupaciones vulgares, leyó en el porvenir las desgracias que á su patria amagaban y quiso conjurarlas; loables y meritorios fueron sus inútiles esfuerzos; si la fama no les ha pregonado cual debiera, es que la complaciente deidad sólo alaba á los triunfadores.

La última derrota, y sobre todo la presencia de los embajadores méxica en el real de los castellanos, apresuraron á la señoría á concluir la proyectada paz, y vencieron la obstinada resistencia de Xicotencatl; temieron que los extranjeros estrecharan sus relaciones con Motecuhzoma, en lo cual debía empeorar la situación de Tlaxcalla, y se adelantaban á evitarlas, negociando por su propia cuenta. A fin de dar mayor seguridad á los invasores, fué nombrado Xicotencatl como embajador principal; excusóse al principio, más aceptó al cabo, urgido por los señores del consejo. (1)

Cuando no se esperaba, presentóse en el real Xicotencatl, seguido de hasta cincuenta nobles principales, llevando las mantas por mitad blancas y rojas, divisa de la casa del general indio. Los méxica concibieron grande enojo al ver llegar á sus odiosos enemigos, y no fué menor el coraje en los tlaxcalteca. Atempanecatl, principal embajador de Motecuhzoma, se acercó al noble de Tlaxcalla, llamado Tolimpanecatl y le dijo: “¿A qué vienes aquí? ¿Qué embajada es la que traes? Quiero saber de ello, y ¿sabes á quién se la traes? ¿Es tu igual para que lo recibas con las armas acostumbradas de la profanidad de la milicia?” y no respondiéndole palabra, prosiguió el embajador de Motecuhzoma diciendo: “Quién tiene la culpa de las desvergüenzas y contiendas que ha habido en Huiztilhuacan, Tepatlaxco, Tetxmolocan, Teotlalzinco, Tepetzinco,

(1) Herrera, déc. II, lib. VI, cap. X.—Torquemada, lib. IV, cap. XXXV.

“Ocotepc, Tlmacazquiac, Atlmoyahuacan, Cecalacoyan, y en todo el contorno hasta Cholollan? Veamos lo que vas á tratar con Cortés, que quiero verlo y oirlo.” A todo esto había estado presente Marina, y así el embajador de la señoría de Tlaxcalla, volviendo á ella los ojos le dijo: “Quiero en presencia de nuestro padre y señor, el capitán Cortés, responder á mi deudo el embajador mexicano.” Marina le respondió: “Proseguid en vuestras demandas y respuestas,” y así volviéndose al embajador mexicano le dijo: “¿Teneis más que decir?” El cual respondió: “Harto he dicho, sólo quisiera ver vuestra demanda” El cual le respondió: “No tienes razon, sobrino, de tratar tan mal á tu patria y señoría de Tlaxcalla, y mira que nadie te da en rostro con las tiranías que has hecho en alzarte con los señorios ajenos, comenzando desde Cuitlahuac y prosiguiendo por la provincia de Chalco, Cuauhquechollan, Itzocan, Cuauhtinchan, Tecamachalco, Tepeyacac y Cuexatlan, hasta llegar á la costa de Cempoalla, haciendo mil agravios y vejaciones, y desde el un mar al otro; sin que nadie os lo dé en cara ni estorbe; y que por vuestra causa, por vuestras traiciones y dobleces, por tí haya aborrecido mi sangre el huexotzincatl, causado todo del temor de vuestras tiranías y traiciones, sólo por gozar espléndidamente el vestido y la comida. Ten vergüenza, no quieras vengar tus pasiones con mano ajena, y si quieres tener algun litigio, sal sólo al campo conmigo, que yo pondré la cabeza para que ejecutes tu venganza, sin valerme de nadie, que no me da miedo la muerte. Y en lo que dices, que recibí con las armas al capitán Cortés tu amigo, respondo, que los que salieron de Zaxochitlan, Teocalhueyocan, Cuahuacan y Mazahuacan, huyendo de tí, vinieron á parar á mis tierras y fueron los que le hicieron guerra al capitán Cortés, y ahora le llevaré sobre mis espaldas y le serviré.” (1) Así se desataban los ódios de aquellos pueblos rivales, en perjuicio de la causa comun.

Xicotencatl venía en su traje guerrero, más dispuesto en apariencia á lanzar un reto, que á proponer la sumision. Recibido con agasajo por Cortés, le llevó á su aposento, en donde estando ambos sentados y los demas en pié, el embajador entregó un pobre presente en joyas y mantas, algunos mancebos que debían servir de rehenes,

(1) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim, cap. 83. MS,

y tomando la palabra con voz reposada dijo: ser general de las tropas de la república y quien había hecho la guerra en defensa de la patria, pensando que los castellanos eran amigos de Motcuczoma, de quien ellos habían recibido continuados daños, pues si carecían de oro y piedras ricas, de algodón y aun de sal para sus alimentos, provenía de estar cercados por los méxica; en nombre de Maxixcatzin y de la señoría, se presentaba á ajustar una paz segura y duradera, garantes de la cual son los rehenes que presenta: para mortificar á los méxica que le escuchaban, se difundió en cargos contra el emperador Motcuczoma y los culhua, gente que no descansaba, ni á nadie dejaba en sosiego, y pues la república nunca sufrió el yugo de México, ni otro alguno extraño, ahora que venía á poner sus libertades en manos de D. Hernando, las mantuviera, y defendiera las familias de los ultrajes de los azteca. Cortés respondió, que ellos tenían la culpa del daño recibido; él se había entrado por su tierra pensando eran sus amigos, como los cempoalteca se lo habían certificado, y no obstante haberles enviado mensajeros para pedirles su amistad, ellos le habían hecho la guerra, y habiendo venido sobre seguro; le saltearon en el camino matándole dos caballos é hiriéndole otros. (1) Rogóle Xicotencatl fuera á aposentarse á la ciudad, “y tornó Cortés á decir algo más áspero de las guerras que nos habían dado de dia y de noche; é que pues ya no puede haber enmienda en ello, que se lo perdona, y que miren que las paces que ahora les damos que sean firmes y que no haya mudamiento, porque si otra cosa hacen, que los matará y destruirá á su ciudad, y que no aguardasen otras palabras de paces, sino de guerra.” (2) En suma, D. Hernando se dió por agraviado; dando á entender al admitir la sumision de Tlaxcalla, que más era magnanimidad suya, que cosa por él ansiada y pretendida.

Ajustada la paz, mejor dicho, la sujecion de la república, Xicotencatl se retiró, llevando para sí y los de la señoría, cuentas de vidrio verdes y azules, regalo del vencedor. Los embajadores de Motcuczoma dijeron entónces á Cortés, no creyese en los ofrecimientos de los tlaxcalteca, pues todo era burla, mentiras y traiciones;

(1) Cartas de Relac. pág. 56--57.

(2) Bernal Díaz, cap. LXXIII.—Oviedo, lib. 33, cap. III.—Gomara, Crón. cap. LII.—Herrera, déc. II, lib. VI, cap. X.—Torquemada, lib. IV, cap. XXXV.

que estando resentidos de no haber podido matar á los blancos en las batallas pasadas, fingían la paz para llevarlos á la ciudad ó á parte donde pudieran darles cómodamente la muerte. Por su parte decían los tlaxcalteca á Cortés, que no se fiase en lo absoluto de los méxica, pues sus cosas las hacían con traicion y maña, de cuya manera habían sojuzgado toda la tierra; se lo avisaban por ser sus verdaderos amigos y conocer á los azteca mucho tiempo había. "Vista la discordia y desconformidad de los unos y de los otros, dice D. Hernando, no tuve poco placer, porque me pareció hacer mucho á mi propósito, y que podría tener manera de mas aina, sojuzgarlos, y que se dijese aquel comun decir *de monte &c.* é aun acordeme de una autoridad evangélica, que dice, *Omne Regnum in seipsum divisum desolabitur*: y con los unos y con los otros maneaba, y á cada uno en secreto le agradecía el aviso que me dada, y le daba crédito de más amistad que al otro." (1)

Xicotencatl, al tornar de Tlaxcalla, fué recibido por la señoría, la cual, satisfecha de haber sido concertada la paz, la hizo publicar solemnemente en la provincia. Grande fué el regocijo público, expresado con enramadas y flores, un suntuoso baile con más de veinte mil hombres de la nobleza, solemnes fiestas á los dioses, con sacrificio de esclavos. La muchedumbre iba y venía al real trayendo copia de mantenimientos sin recibir paga alguna, comunicándose con los blancos en toda confianza. Los cuatro señores de las cabeceras, celosos por la permanencia de los méxica, insistían diaria y porfiadamente en llamar á Cortés, á fin de apartarle de la comunicacion con sus enemigos y tenerle libremente en su poder. (2)

D. Hernando difería la marcha con buenos pretextos, ya para darse á deseo, ya para observar si los tlaxcalteca obraban de buena fé, parte por estar todavía con los restos de las calenturas, y principalmente porque los embajadores méxica le habían pedido seis dias de plazo, á fin de mandar dos de ellos á dar cuenta de lo ocurrido á Motecuhzoma, recibir instrucciones y tornar con la respuesta. En tanto Cortés escribió á Juan de Escalante su teniente, en la Villa Rica, participándole su buena venturá y rogándole le mandara ciertos encargos de vino y hostias para el culto. Con los indios

(1) Cartas de Relac. pág. 61.—Bernal Díaz, cap. LXXIII.

(2) Herrera, déc. II, lib. VI, cap. XI.—Torquemada, lib. IV cap. XXXVI.

de los contornos y de Tzimpancincó fué levantada una gran cruz en el real, se limpió y aderezó el teocalli de la cumbre del cerro; reformáronse ademas las viviendas de la tropa, mejorando cuanto pudo cada uno en comodidades. Al tiempo estipulado llegaron al real seis nobles muy principales, con un rico regalo consistente en más de tres mil pesos de oro, en joyas de diversas hechuras, y doscientas cargas de mantas de algodón y pluma; el más anciano dijo á Cortés, que Motecuhzoma le daba el pláceme por su buena andanza, y le ruega ahincadamente en bueno ni en malo se fie de los de Tlaxcalla ni á su ciudad vaya, pues siendo pobres lo único que intentan es sacarlos de ahí para robarlos y matarlos. Cortés con semblante alegre recibió el regalo, dando por respuesta agradecer el presente, "y que él lo pagaría al señor Montezuma en buenas obras;" si faltaran los tlaxcalteca á su palabra lo pagarían con la vida; pero que estando seguro no harán una villanía, ha determinado definitivamente ir á Tlaxcalla. (1)

Luego que los cuatro señores de la república supieron del regreso de los embajadores méxica, en su empeño por disputarse á los extranjeros vinieron en persona al real, en andas los unos, en hamacas los otros, acompañados con gran séquito de nobles; en presencia de Cortés tomaron polvo del suelo con el dedo mayor de la mano derecha, el cual llevaron á la boca en señal de reverencia, incensaron al general, y tomando la palabra el anciano Xicotencatl le dijo amorosamente: Malinche, Malinche, muchas veces te hemos enviado á rogar nos perdones por haberte dado guerra, dándote las razones por qué lo hicimos, y pues ya nos perdonaste, sólo falta te vayas con nosotros á nuestra ciudad á donde te atenderemos y regalaremos; mira Malinche, vámonos luego, y no hagas caso de los dichos de los méxica contra nosotros, pues son falsos y mentirosos, y tal vez por su causa no quieres venir á nuestra casa. Con alegre semblante respondió Cortés, "que bien sabía desde muchos años ántes que á estas sus tierras viniésemos cómo eran buenos, y que deso se maravilló cuando le salieron de guerra;" aquellos méxica esperaban respuesta para Motecuhzoma; agradecía el convite para ir á la ciudad "y lo pagaría en buenas obras;" mas no lo había ejecuta-

(1) Bernal Díaz, cap. LXXIII.